

JOSÉ VICENTE ALFARO

CORAZÓN ESQUIMAL



Groenlandia. Siglo XIV de nuestra era.

Aunque la tundra ártica es uno de los hábitats más extremos del planeta, los esquimales han sabido adaptarse y son capaces de llevar una vida plena. Hasta que la aparición de los *qallunaat* y sus continuos ataques pondrán en riesgo su supervivencia.

Acompaña a Sialuk y su familia en su huida por salvarse de la amenaza extranjera. Sumérgete en el día a día de una comunidad esquimal y aprende sus costumbres y su antiguo modo de vida. Descubre quienes fueron los *qallunaat* y su audaz intento por colonizar aquella isla. Una lectura amena y didáctica a partes iguales.

Una novela acerca del valor y la supervivencia.

*Para todos mis lectores de ayer, hoy y mañana.
Gracias infinitas por acompañarme en el camino.*

PREFACIO

Los esquimales son los habitantes del Ártico (Alaska, norte de Canadá y Groenlandia), cuyas tribus se distribuyen a lo largo de casi 6000 kilómetros de longitud, si bien hay que tener en cuenta que su densidad de población es tremendamente baja.

Pese a la enorme extensión geográfica que ocupaban, los esquimales compartían idioma, raza y tradición oral, aunque su cultura material difería bastante en función de las condiciones climáticas y recursos naturales particulares del territorio donde estuviesen asentados.

Su hábitat es uno de los más extremos del planeta. El entorno de la tundra ártica y su infinito paisaje nevado apenas deja resquicio para la vida. La vegetación es casi inexistente, las temperaturas llegan a alcanzar los 50 grados bajo cero en invierno, y una gruesa capa de hielo suele cubrir el mar a lo largo de varios meses.

Su medio de subsistencia se basaba en la caza y la pesca. Además, en general eran nómadas: una parte del año la pasaban en la costa para abastecerse de los animales marinos, y la otra en el interior tras el rastro de los terrestres, en función de sus rutas migratorias.

De cabellos hirsutos y tez morena curtida por el sol, los esquimales son muy bajos aunque de constitución fuerte, así como de extremidades cortas que facilitan el riego sanguíneo y la conservación del calor.

La palabra «esquimal» que les designa procede de los indios algonquinos y significa «devoradores de carne cruda». No obstante, debido al carácter peyorativo que implica dicha acepción, oficialmente se usa el término «inuit», que significa «los hombres», y que era la manera como ellos se denominaban a sí mismos, como si se considerasen los únicos hombres verdaderos o como si no hubiese otros hombres que ellos. Tal era así que, de hecho, y debido a su particular situación de aislamiento, algunas de sus comunidades vivieron durante siglos creyendo ser los únicos seres humanos que habitaban el planeta.

CAPÍTULO PRIMERO

Groenlandia. Siglo XIV d. C.

Sialuk se sentía tan exultante como el resto de cazadores de la aldea.

Aquella mañana de finales de otoño habían lanzado al mar el único *umiak* de que disponían, tras haber avistado una manada de cetáceos que hacían su habitual ruta migratoria en aquella época del año. El *umiak* era una embarcación recubierta de pieles propia de los inuit, que se empleaba tanto para el transporte de personas como para las expediciones balleneras. Mientras sus compañeros remaban a conciencia, Sialuk había asumido la responsabilidad de arponear al ejemplar que tenían más cerca. El tiro fue perfecto y el arpón se clavó en el lomo de la ballena. El proyectil llevaba adherido una vejiga de piel de foca llena de aire, cuya acción facilitaba enormemente la captura de los mamíferos marinos. Cada vez que se sumergía, el animal sentía una tracción hacia arriba por acción del flotador, que además de cansarle servía para indicar el lugar por donde saldría a respirar la próxima vez. Varios arponazos después la ballena se había comenzado a desangrar y, agotada, fue finalmente lanceada hasta la muerte.

Para un asentamiento como el de Sialuk, formado por unas cinco familias y un total de no más de treinta miembros, aquella captura se traducía en una reserva para todo el invierno. Tanto la carne como la piel de la ballena se co-

mían, la grasa servía de combustible, y con sus huesos fabricaban herramientas.

En aquel momento ya era de noche y las estrellas despuntaban en el firmamento como barcos a la deriva en un mar oscuro y tenebroso. Los cazadores se estaban dando un festín en la casa comunal —denominada *kashim*—, que los hombres usaban como lugar de reunión, así como para las celebraciones y ceremonias.

Sialuk decidió salir un instante para llevarle a su familia unas cuantas tajadas de carne. Las casas del poblado eran rectangulares, de una sola estancia con ventanas translúcidas hechas con intestinos de foca, y un pasillo de entrada colocado a un nivel más bajo de modo que el aire frío se quedase atrapado en él. Las paredes eran de piedra y los resquicios se rellenaban de nieve para lograr su completo aislamiento. El tejado se cubría con láminas de tierra y turba y se empleaban huesos de ballena para sostenerlo. Bien entrada la primavera estas casas se dejaban de habitar debido a que se llenaban de agua por el deshielo. En verano levantaban tiendas de pieles, mientras que los iglús de nieve se utilizaban solamente en los desplazamientos.

Sialuk, de constitución robusta, mandíbula ancha y pómulos salientes, accedió al interior de su hogar y saludó a su familia riendo y agitando la carne de ballena que había traído consigo. Su mujer dejó a un lado la piel que estaba raspando y le devolvió una sonrisa cargada de orgullo. Meriwa se peinaba el cabello hacia atrás y se lo recogía en un moño alto, y aunque sus rasgos eran excesivamente marcados, siempre se las arreglaba para lucir una expresión dulce.

La madre de Sialuk, de rostro apergaminado por la edad, interrumpió la historia que les estaba contando a sus nietos. Tres eran los hijos que la pareja había tenido. La mayor, de trece años, se llamaba Kireama y ya estaba aprendiendo las tareas propias de su sexo. En la sociedad esquimal el reparto de roles estaba muy definido: los hombres se

dedicaban a la caza y a la confección de los utensilios, mientras las mujeres se encargaban del procesamiento de la comida y de la confección del calzado y el vestido. Anori era su segundo hijo. Tenía nueve años y a partir de la siguiente primavera ya tendría edad suficiente como para iniciarse en los rudimentos de la caza. Por último, Nukappi era el más pequeño de todos ellos, pues apenas superaba los tres años de vida.

Sialuk contempló a su familia y, además de un profundo amor, sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. La supervivencia de todos ellos dependía de su habilidad para cazar. De lo contrario, sencillamente acabarían muriendo de inanición.

De repente, a sus oídos llegaron los ladridos de los perros que parecían muy alterados, seguidos de un estruendo de alaridos que le hicieron temer lo peor.

Sialuk se asomó al exterior y el horror lo dejó paralizado. ¡Los *qallunaat* les estaban atacando! Con toda seguridad les habrían visto capturar la ballena, y habían esperado hasta la noche para asaltarlos y hacerse con su preciado botín, aprovechando que todos los hombres se hallaban reunidos en el *kashim* y constituían un blanco fácil. No conformes con eso, y para evitar futuras venganzas, también estaban acabando con la vida de las mujeres y los niños.

Sialuk pensó a toda velocidad. Plantar cara ya no tenía sentido. No obstante, el hecho de que su casa fuese la más alejada del poblado quizás le diese una oportunidad de sobrevivir.

Inmediatamente alertó a Meriwa para que saliese con su madre y sus hijos, al tiempo que él se encargaba de enganchar los perros al trineo y retirar el ancla sepultada en la nieve. Conforme su familia abandonaba la casa, los *qallunaat* consumaban la masacre y el pánico se adueñaba del corazón de Sialuk.

—¡Rápido! —apremió.

Meriwa tomó al más pequeño en brazos y ocupó un lugar en el trineo junto a la abuela, mientras los otros dos niños se situaban detrás. No había espacio para nadie más, ni los perros —eran solo tres— habrían podido cargar con tanto peso. Sialuk hizo restallar el látigo y se obligó a trotar junto al vehículo al ritmo impuesto por los canes. Aunque no avanzaban muy deprisa, poco a poco fueron dejando el peligro atrás. La mejor noticia era que los asaltantes no les perseguían. Al cabo de un rato, el poblado se redujo a un puntito indefinido en mitad de la nieve.

Más tranquilos disminuyeron el ritmo de la marcha, pero sin detenerse ni una sola vez en toda la noche.

A la mañana siguiente, el sol crepuscular tiñó de oro el campo de hielo como si se hubiese encendido. Durante los meses más fríos del año el mar se transformaba en una gruesa capa de hielo que aumentaba la superficie de tierra habitable. A un lado se veían cadenas montañosas de cumbres nevadas, y al otro la costa que lindaba con el océano bañado de icebergs y témpanos glaciales.

Pese a haber salvado la vida, Sialuk no ignoraba que se encontraban en serios apuros. La aldea más cercana se hallaba a dos días de camino, siempre y cuando hubiese podido emplear la máxima velocidad posible de haber ido solo en el trineo. Los diferentes asentamientos estaban muy dispersos entre sí, para de ese modo sacar el mayor provecho posible a cada territorio de caza. De hecho, la extensión de la isla era tan grande, que algunos de los grupos de esquimales que la habitaban ni siquiera se conocían.

Pronto, el hambre se convertiría en su problema principal. La precipitada huida les había impedido aprovisionarse, y Sialuk tampoco llevaba consigo los instrumentos necesarios para cazar o pescar a lo largo de la travesía, lo cual habría bastado para mantener a su familia a salvo hasta llegar a su destino.

Continuaron avanzando sin descanso, soportando los cristales de nieve que por culpa del viento se les clavaban

en las mejillas. Del frío, al menos, estaban bien protegidos gracias a las parkas confeccionadas por la propia Meriwa, con piel de caribú y también de oso. Las botas que llevaban estaban hechas de piel de foca, por la sencilla razón de que esta era impermeable. Bebían puñados de nieve que cogían del suelo sin detener el avance del trineo.

Al caer la tarde se levantó una ventisca frente a la cual se tendrían que proteger, o no sobrevivirían a la noche. Afortunadamente, Sialuk llevaba en el trineo su sierra de mandíbula de tiburón, el único utensilio de que disponía.

—Tenemos que construir un iglú —dijo.

Sialuk trazó un círculo sobre el hielo, y a continuación comenzó a cortar bloques de nieve del mismo centro, que iba colocando unos sobre otros de manera que en la parte alta formasen una especie de bóveda. Por su lado, Meriwa anclaba el trineo, mientras Kireama y Anori usaban polvillo de nieve para cerrar las rendijas que quedaban entre los bloques. El proceso les llevó poco más de una hora. El iglú, que apenas se levantaba un metro sobre la superficie, pues el espacio restante se le ganaba al suelo, estaba preparado para soportar todo tipo de vendavales debido a su particular forma esférica.

Gateando, uno a uno fueron entrando en el refugio, dejando a los perros en el estrecho pasillo de entrada. Meriwa extendió una piel de caribú en el suelo, y todos se juntaron para darse calor, ya que ni siquiera contaban con los habituales sacos de pieles donde embutirse. El pequeño Nukappi lloraba porque tenía hambre, y la abuela le confortaba meciéndole en los brazos y cantándole una nana. A través de las gruesas paredes se oía el aullido del viento, y por debajo de ellos el rumor de las corrientes submarinas.

Sialuk se levantó con el alba y dejó que su familia continuase durmiendo algo más de tiempo en el iglú. Caminó unos pasos hasta localizar un pedazo de banquisa que fuese lo suficientemente delgada como para poder cortarla con la sierra, y abrió un agujero rectangular a través del

cual comenzó a escudriñar sus aguas verdes. Aunque de vez en cuando se adivinaba la silueta de una trucha, sin sus aparejos de pesca o al menos un arpón lo tenía extraordinariamente difícil. Con todo, probó a sumergir la mano enguantada cuando algún pez pasaba cerca de la superficie del agua, pero todos sus intentos fueron en vano.

Un rato más tarde apareció Anori y se sentó a su lado.

—Papá, ¿lo conseguiremos? —preguntó. Llevaban día y medio sin probar bocado y aún faltaba un largo trecho para llegar a la aldea vecina.

Sialuk miró a su hijo con gesto serio. Anori aún no había dado el estirón ni le había cambiado la voz, signos inequívocos de que habría dejado atrás la niñez para convertirse en adulto. Poseía un carácter taciturno poco común entre los suyos, pues los esquimales gozaban de un gran sentido del humor que contribuía a hacer sus vidas más llevaderas en circunstancias tan adversas.

—Por supuesto que sí —repuso—. Aunque vamos a sufrir mucho. Prepárate para ser fuerte como nunca hasta ahora.

De repente, muy cerca de la superficie surcó todo un banco de peces, y Sialuk pegó un zarpazo en el agua mediante el cual sacó tres ejemplares que cayeron sobre la capa de hielo.

—Me has traído suerte, Anori —dijo con una sonrisa.

Aunque más bien pequeños, dadas las circunstancias aquella inesperada pesca constituía un verdadero tesoro que tendría que racionar con extrema cautela. Regresaron al iglú para compartir la alegría con el resto. Una de las truchas la repartió entre los seis miembros de la familia, mientras guardaba las otras para después. De momento, los perros tendrían que pasar sin comer, si bien su resistencia era mucho mayor.

Reanudaron la marcha a través de aquella explanada blanca, interminable y solitaria, que bien podía constituir el reflejo de un cielo forrado de nubes. El frío arreciaba a in-

tervalos y el aliento se les condensaba en minúsculos cristallitos de hielo, al tiempo que un polvillo de nieve se les adhería a los párpados y las narices. A veces, cuando escuchaban, la saliva se congelaba en el aire antes de tocar el suelo.

Por la noche repitieron el mismo ritual. Edificaron un iglú para descansar, y a la mañana siguiente Sialuk intentó pescar aunque esta vez no tuvo tanta suerte. Los perros, cada vez más hambrientos, se peleaban entre ellos, y cuando tocó reemprender el camino rehusaron tirar del trineo, hasta que Sialuk les metió en vereda tras repartir latigazos a diestro y siniestro.

Con la llegada del ocaso completaron sus tres primeros días de viaje, atormentados por el fantasma del hambre que cada vez se hacía más y más presente. Sialuk sacó otra de las truchas que guardaba y la partió en dos. Una mitad se la guardó entre la ropa para ablandarla con su calor corporal, mientras la otra la desmenuzaba en tres pedazos con ayuda de la sierra. Acto seguido le lanzó la carne a los perros, que la devoraron con espigas y sin ni siquiera masticar.

Cuando ya se hubo descongelado recuperó la mitad que había guardado, y le fue dando un trozo a cada miembro de la familia. Como el pequeño Nukappi no había desarrollado todavía dientes lo bastante fuertes, Meriwa le preparó la comida masticándola antes en su propia boca. La madre de Sialuk, sin embargo, rechazó la porción que le correspondía.

—Dale mi parte a los niños —anunció con voz serena—. Ha llegado la hora de que siga mi propio camino.

La vieja mujer restregó el rostro contra el de su hijo, y luego abrazó a su nuera y a sus nietos. Había lágrimas en sus ojos, pero también una tímida sonrisa. Se despojó de su vestido hecho de piel de garzas marinas y se lo dio a Meriwa. Ella ya no lo necesitaría allá donde iba. En tiempos de penuria, los ancianos abandonaban de forma voluntaria las comunidades donde residían, para morir en la inmensi-

dad del paisaje helado que siempre habían conocido. Sialuk no trató de impedirselo pese al dolor que sentía, porque sabía que su madre estaba haciendo lo correcto. La supervivencia del grupo estaba siempre por encima de la del individuo. Sin aquella regla de oro, los esquimales jamás habrían podido sobrevivir durante siglos en las inhóspitas tierras árticas.

La anciana dedicó una última mirada a su familia y comenzó a caminar en la dirección opuesta, haciéndose cada vez más y más pequeña conforme se alejaba en la distancia. En cuanto se le acabasen las fuerzas se detendría y, sin prendas de abrigo, se congelaría en escasos minutos.

—A partir de hoy no debéis pronunciar el nombre de la abuela —advirtió Sialuk.

De acuerdo con las creencias inuit, los individuos estaban compuestos de tres elementos: el cuerpo, el alma y el nombre. De modo que, cuando el cuerpo moría, aún quedaban dos. El alma, que iba a un lugar similar al paraíso, con caza abundante y un clima agradable. Y el nombre, que permanecía vagando por la tierra, hasta que le era puesto a un recién nacido, que adquiría las cualidades del difunto en una suerte de reencarnación. Hasta entonces, sin embargo, existía un miedo atávico a decir en voz alta el nombre del fallecido.

El cuarto y el quinto día de viaje fueron un calco de los anteriores, con la salvedad de que la situación se hacía cada vez peor.

El viento a ráfagas les arrojaba al rostro diminutas esquirlas, y las neviscas dificultaban su marcha aún más si cabía. Los perros se quejaban con insistencia y no les faltaba razón. Habitualmente, Sialuk les calzaba con unas fundas de piel para protegerles de las astillas de hielo, pero debido a su atropellada salida esta vez no había podido hacerlo. Dos de ellos cojeaban y el tercero tenía las patas llagadas por culpa de la sal marina.

La carencia de alimentos les estaba pasando factura a todos ellos, y en especial a sus hijos. Sobre todo al pequeño Nukappi, que era el que se encontraba más débil. Sialuk se arrancó un retal de la parte superior de la bota y, tras hacerla tiras, le dio un trozo a cada miembro de su familia para que lo mascasen con el fin de engañar al hambre. Por desgracia, pese a haberlo intentado de nuevo cada mañana mientras los suyos aún dormían, no había vuelto a pescar absolutamente nada.

La noche del quinto día Sialuk sacó la última trucha que le quedaba, muy probablemente el último alimento de que dispondrían hasta llegar a su destino. Al principio, se dispuso a dividirla en cinco trozos, uno para cada uno. No obstante, después se lo pensó mejor y mantuvo en voz baja con Meriwa la conversación más difícil de toda su vida. Ella no pudo evitar el llanto pero comprendió la decisión de su marido. Nukappi estaba exangüe y mostraba claros signos de que en aquellas condiciones no duraría mucho. Kireama y Anori, sin embargo, contaban con más posibilidades de sobrevivir. La decisión más lógica, por tanto, era despedirse definitivamente del pequeño para repartir su pedazo de pescado entre sus dos hermanos mayores.

Durante los periodos de hambrunas, cuando no quedaba más remedio, entre los inuit se practicaba el infanticidio en bebés de hasta tres años, especialmente del sexo femenino. La consigna era muy clara: la supervivencia del grupo estaba siempre por encima de la del individuo.

Sialuk cogió a Nukappi en brazos y lo depositó en una lámina de hielo que sobresalía de la orilla. Seguidamente, procedió a aserrarla hasta separarla de la placa principal que rodeaba la isla, y de un empujón la precipitó hacia el océano infinito. El crío ni siquiera lloraba porque hacía tiempo que había perdido el sentido. Sialuk y su familia contemplaron la placa de hielo deslizándose sobre las aguas, hasta que definitivamente se perdió entre la bruma.

Aquella noche no hubo palabras, tan solo suspiros y lágrimas. Sialuk sentía un enorme desgarramiento en lo más profundo de su alma. Aquella desesperada huida ya se había cobrado dos vidas: la de su madre y la de uno de sus hijos.

El sexto día de viaje transcurrió con extrema lentitud, como si el tiempo se hubiese detenido y se negase a discorrir al verdadero ritmo dictado por la naturaleza. A pesar de que avanzaban, parecía que no se movían del sitio porque la vista era siempre la misma: un paisaje blanco y helado desbordado de silencio y soledad. Los cuatro últimos supervivientes del poblado asaltado por los extranjeros percibían sus propios sentidos adormecidos, en parte por el frío y en parte por el dolor de la reciente pérdida. El hambre ni siquiera les dejaba ya pensar con claridad.

Al día siguiente, sin embargo, cuando se cumplía una semana de su partida, al fin atisbaron en la distancia el anhelado asentamiento vecino.

La llegada de visitantes constituía siempre un evento especial en aquellas tierras, de manera que un gran número de lugareños acudieron a recibirlos. No obstante, enseguida se consternaron al oír las terribles noticias que traían, pues muchos de ellos estaban emparentados con los habitantes de su aldea.

—¿Fueron los *qallunaat*?

—En efecto —corroboró Sialuk.

Los *qallunaat* (cejas grandes) era el modo en que los esquimales denominaban a los vikingos, que desde hacía ya más de trescientos años habían establecido una colonia en Groenlandia.

Los vikingos se habían instalado en el interior de dos sistemas de fiordos de la costa sudoccidental, en un entorno verde adecuado para ser usado como pasto que, resguardado de las frías corrientes oceánicas, era capaz de albergar una vegetación compuesta por enebros, alisos, abedules y sauces enanos. El resto de la isla no era más que una región blanca e inhabitable, y tan solo aquellos dos